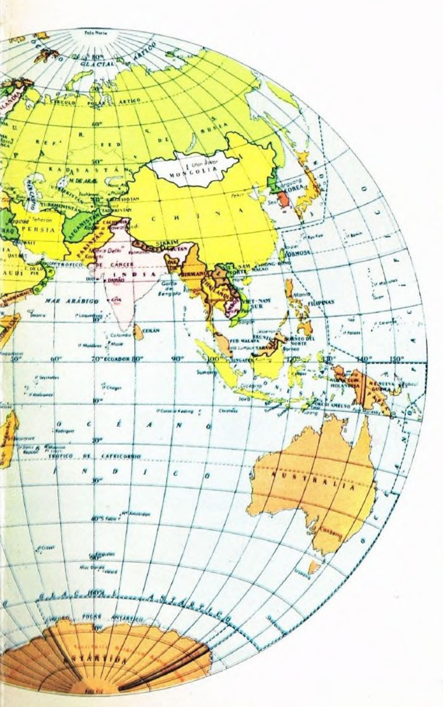
enciclopedia del saber humano



LA GRAN AVENTURA DEL HOMBRE

Nº 18

25 PESETAS







enciclopedia del saber humano

Tomo II - Fascículos 16-30

LA GRAN AVENTURA DEL HOMBRE

Como la Humanidad conoció el mundo en que vive. Descubrimientos y exploraciones.

© Copyright 1969 by EDITORIAL MATEU.
Balmes, 341. BARCELONA-6.
Depósito Legal: B-23.452-1969

Un mundo como el nuestro, en el que cada día el panorama de conocimientos se amplía y diversifica, requiere instrumentos cada vez más perfeccionados y adecuados. Y ello es aplicable igualmente al campo de la cultura. Cuando cada materia alcanza ramificaciones insospechadas pocos años atrás, la "enciclopedia general", ese enorme cajón de sastre de noticias y datos, ha quedado un tanto sobrepasada y hoy se precisan obras de consulta más racionales, en las que cada disciplina ofrezca una estructuración interna armónica y sugerente y que, al mismo tiempo que brinde un compendio de conocimientos "históricos", abra al lector un panorama de insinuaciones, le adentre por los inexplorados caminos de las posibilidades futuras, le ofrezca un sólido instrumento de cultura que le permita alinearse en el bando de las personas cultas. Hay que precisar que este concepto ha variado profundamente, y en lo sucesivo no podrá llamarse persona culta quien no posea nociones de cómo ha evolucionado el mundo, o de los principios de la energía atómica, o del por qué de los viajes espaciales, o de rudimentos de cibernética. Para que todo ello sea posible ha surgido la ENCICLOPEDIA DEL SABER HUMANO.

Como podrá comprobar, no se trata de una enciclopedia más, sino de una obra pensada sobre todo para que usted, o su hijo, arribe al umbral del año 2.000, tan próximo ya, con la visión y formación imprescindible a todo hombre de nuestro tiempo. Por esta razón se ha dado la primacía dentro del plan general de la obra a aquellas materias de tipo técnico que son las que han de caracterizar el inmediato devenir. Y aquí se ha contado con la colaboración de eminentes profesores rusos, que han aportado para nuestra publicación el momento actual de la ciencia soviética.

Para hacerla más racional, esta obra es monográfica, es decir, cada tomo tratará única y exclusivamente de una materia determinada. Y para no hacerla eterna, cada tomo constará tan sólo de 15 fascículos, en los que se compendia de manera clara, amena y sugestiva lo más importante de cada una de ellas. Miles de espléndidas fotografías en color y dibujos seleccionados servirán de adecuado contrapunto gráfico. He aquí, en resumen, lo que será la E. del S.H.:

180 fascículos de aparición semanal.
12 volúmenes (cada 15 fascículos, un volumen).

DIRECCION:
Francisco F. Mateu y Santiago Gargallo
COLABORADORES:
A. Bayan, G. Pierill, A. Cunillera, M. Comorera, A. Cuscó, G. A. Manova, A. Gómez, L. Pilaev, D. L. Armand, N. Bluket, M. Loschin, V. Matisen, J. Kennerknecht, P. Jiménez.
FOTOGRAFIAS:
Archivo Editorial Mateu, Salmer, Dulevant, SEF, Carlo Bevilacqua.
REALIZACION GRAFICA:
Cayfosa. Moderna, 51. Hospitalet de Llobregat
Interiores impresos sobre papel Printomat de Sarrió, C.A.P., especialmente fabricado para esta obra.
Impreso en España *Printed in Spain*

MUY IMPORTANTE

Con el fascículo quinto de cada volumen, se entregarán, completamente gratis, las tapas para la encuadernación del mismo.





El príncipe Enrique con sus investigaciones y ayuda a las exploraciones dio a Portugal importantes conquistas en las costas africanas.

LOS PORTUGUESES, ADELANTADOS EN LA NAVEGACIÓN

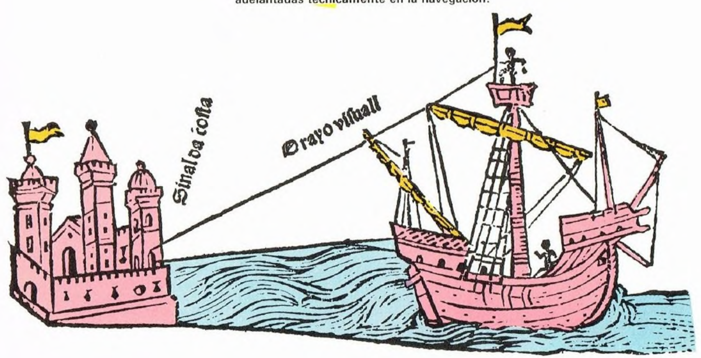
Don Enrique el Navegante

Don Enrique es un hombre misterioso, que vive retirado en palacio, recibiendo visitas de gentes raras (cosmógrafos, marinos, portulanistas). Pasa el tiempo estudiando complicadas cartas marinas. Lee con afición el *Libro de las Maravillas* de Marco Polo. Piensa que podría emular el fabuloso viaje del veneciano. Pero no hacia Asia. ¿No estaba más próxima África? ¿No estaría en África aquel misterioso Preste Juan de las Indias inútilmente buscado por los viajeros medievales?

Don Enrique convence al rey, su padre, y a sus hermanos. Segura ya la independencia del país, hay que buscar la expansión hacia el sur. Pero cuando la expedición está a punto de realizarse cae enferma de muerte la reina. Felipa no morirá, sin embargo, antes de hacer jurar a su marido y a sus hijos que, a su muerte, la empresa se verificará. Y así ocurre. Treinta mil hombres, tripulando doscientas cuarenta naves, partirán el día 23 de julio hacia África. La conquista de Ceuta será el resultado de la expedición. El camino de África ha quedado abierto y el destino de don Enrique determinado. Será don Enrique el Navegante, aunque su única estancia en el mar fuera la pequeña travesía de Lisboa a Ceuta.

Al regreso de la expedición don Enrique abandona definitivamente la corte. En el sur de Portugal, en el promontorio de Sagres, cerca del cabo de San Vicente —última esquina de Europa— levanta un palacio, pronto convertido en población (Vila do Infante) con arsenal, centro cosmográfico. Los misteriosos amigos del infante le han acompañado. En Sagres continúan los estudios. El infante es rico. La Orden militar de Cristo, heredera de los bienes de la disuelta Orden del Temple, le tiene como Maestre. Y el infante aplica sus cuantiosas rentas a fines científicos. Hace venir de lejanos países a cosmógrafos y astrónomos famosos. De Mallorca, de Italia, acuden estudiosos y marinos. El infante construye naves. Son carabelas de pequeño tonelaje (alrededor de 100 toneladas) con un palo mayor, un trinquete de mesana y un bauprés que prolonga la proa. Como velas, una cuadrada y la tradicional latina. Un solo puente con dos pisos en popa. La carabela se revela como una nave ligera y segura. Los grandes viajes que se inician ahora ten-

El principio del astrolabio. Este aparato marino fue usado por las carabelas portuguesas en sus viajes por África dándoles ventaja sobre otras embarcaciones no tan adelantadas técnicamente en la navegación.





El problema de los conquistadores era volver al punto conquistado; nunca se sabía qué habría ocurrido con los hombres que allí quedaron guardando el lugar. La construcción de pequeños fuertes fortalezas, solucionaba el problema.

drán en la carabela el instrumento adecuado a su ejecución.

Pero no sólo fue la obra personal del Navegante la que decidió que el pequeño país portugués se adelantara al resto de Europa en los grandes viajes de descubrimiento. La geografía y la historia habían marcado a Portugal como la nación adelantada de las exploraciones renacentistas. La situación del país, en la proa del viejo continente dirigida a África y América, señalaba ya en cierta manera su destino. Pero, además, no había otro Estado europeo que estuviera en condiciones de realizar descubrimientos en el siglo XV. En la península Ibérica, los demás países tenían ocupaciones demasiado absorbentes para que pudiesen distraer fuerzas en la empresa atlántica: Castilla, desgarrada por luchas intestinas y con el problema musulmán aún sin resolver, dada la existencia de la monarquía nazarita de Granada; Navarra, anquilosado país pirenaico; el reino catalanoaragonés, entregado a la expansión mediterránea. Fuera de la península, Italia y Alemania, fraccionadas en pequeños Estados, no tenían recursos ni fuerzas para llevar a efecto cualquier expansión marítima. Francia e Inglaterra debatían sangrientamente, en la guerra de Cien Años, en los campos continentales, la gran cuestión medieval que las separaba: la ocupación de las tierras del oeste. Sólo Portugal, pues, con su Reconquista terminada en 1249, con su dinastía recién estrenada y por ello popular, con el afán de las clases humildes por buscar una expansión que compensara la pobreza del país, estaba en condiciones de efectuar esta expansión.

Enrique el Navegante fue el exponente de este conjunto de circunstancias favorables. El príncipe misántropo, brujo —como se le creía—, iba a abrir la era de las navegaciones oceánicas, la época de los grandes descubrimientos. La hora gloriosa de Portugal había sonado.

Los portugueses tantean las costas occidentales de África

Don Enrique no tenía al principio una idea definida sobre lo que buscaba en sus primeras tentativas. Había en su mente un vago deseo de conocer nuevas tierras, mezclado con el afán de misionar y de dar satisfacción al espíritu aventurero. Por otra parte, no eran nuevas las exploraciones medievales por mar a África. Las Canarias habían sido redescubiertas en 1270 por Lancelo Molocello y los genoveses habían enviado galeras a la costa occidental. En 1382, 1400 y 1402 fue de nuevo visitado el archipiélago canario y en este último año sus islas pequeñas cayeron bajo el dominio de Castilla al asentarse en ellas una expedición dirigida por Juan de Bethencourt y Gadifer de la Salle bajo el patrocinio del rey castellano Enrique III Trastámara.

Pero eso era todo. Enrique el Navegante, más científico, comienza una exploración sistemática de las costas occidentales del continente negro. Los capitanes salen de Sagres con instrucciones precisas. Han de colocar en el extremo final de la costa adonde lleguen un pequeño monumento de piedra, un *padrão*, que indicará al próximo explorador el límite máximo alcanzado por su predecesor y le estimulará a seguir adelante. En 1419 se descubre y coloniza Madera; en 1431 se inicia el establecimiento humano en las Azores; Gil Eannes dobla el cabo Bojador (1434); en 1441 se llega a Río de Oro y dos años después a Arguín. En 1445 se alcanza el cabo Verde y en 1462 entran los portugueses en el golfo de Guinea.

Don Enrique el Navegante murió en 1460; pero el impulso estaba dado y continuó el tanteo de la costa occidental. Ahora los portugueses ya saben lo que quieren. Desean encontrar el fin de África y dirigirse por el oriente hacia las Indias fabulosas. De allí vienen las preciosas especias, ahora monopolizadas por los árabes.

Bartolomé Díaz. El gran secreto de África

El gran secreto del sur de África iba a ser desvelado por un navegante llamado Bartolomé Días o Díaz. Había éste partido de Portugal en verano de 1487, al mando de dos pequeños bajeles de cincuenta toneladas. Su intención era la misma de sus antecesores: continuar la exploración de la costa africana occidental. Llegó, en efecto, al *padrão* levantado por su predecesor en el paralelo 22 de latitud sur (África del Sudoeste actual), y también siguiendo la costumbre general se aprestó a avanzar más. Al llegar al paralelo 29 dejó en la costa a nueve tripulantes con un navío

y él, en otro, continuó su exploración. El paralelo 29 está ya en la Unión Sudafricana actual, aproximadamente en la desembocadura del río Orange; por tanto le faltaba poco para completar su descubrimiento cuando una tormenta le desvió de su ruta. Perdió de vista la costa y durante trece días anduvo hacia el sur, sin ver más que un mar borrascoso y experimentar cómo la temperatura se iba enfriando progresivamente. Decidió entonces poner rumbo hacia el este sin encontrar tampoco tierra, visto lo cual pensó —o al menos así lo creía— regresar. Colocó la proa al norte y vio tierra en la bahía que actualmente se llama Mossel Bay, en el sur de África. Como la tierra estaba orientada hacia el sur decidió seguir hacia el este y vio cómo la costa se iba cambiando hacia el nordeste, pero la tenía a su izquierda. Por tanto había doblado el extremo meridional de África sin darse cuenta. Los indígenas que encontraba sabían ya del comercio árabe de aquellas costas hacia la India. La tripulación de la pequeña nave empezó a temer. Eran muy pocos para enfrentarse con una posible escuadra árabe y exigieron de Bartolomé Díaz el regreso. A costa de grandes esfuerzos obtuvo el capitán prolongar por dos días más la exploración hacia el nordeste. Alcanzó la desembocadura del río llamado del Gran Pescado y levantó un *padrão* en el lugar que llamó Santa Cruz. Después regresó sin perder de vista la costa y comprobó la existencia de los dos cabos del sur de África, el de las Agujas y el de Buena Esperanza. Una leyenda que los escritores portugueses han procurado desterrar decía que él había denominado al segundo de los cabos mencionados con el nombre de cabo de las Tormentas, para señalar así la causa de su descubrimiento, y que el rey Juan II había rebautizado el promontorio con el nombre de Buena Esperanza.

Este viaje se desarrolló en los años 1487 y 1488 y sus resultados no podían ser más fructíferos. Ahora ya se sabía que la ruta hacia la India por mar era posible. Pero Portugal tardó diez años



Arriba: uno de los fuertes construidos por los portugueses en Mozambique en lo que hoy es la capital Lourenço Marques. Abajo: la calle principal de Lourenço Marques, una ciudad reducida pero muy cosmopolita en relación con otros lugares de la isla.

Posiblemente, poblados como este y hombres de la misma raza que este de Inhassoro, fueron los que encontraron hace cientos de años los portugueses al desembarcar en Mozambique.



Vasco de Gama.

en realizar el viaje definitivo. Y no fue Bartolomé Díaz el encargado de llevarlo a cabo porque, según costumbre ya tradicional, se cambiaba siempre al jefe de la expedición en cada una de las que se emprendian, con el fin de no despertar excesivas ambiciones en los descubridores. En el intervalo entre los dos viajes se había de realizar el gran descubrimiento de América.

Otros viajes

Simultáneamente al viaje de Bartolomé Díaz, el rey portugués había enviado por tierra a dos exploradores, Pablo Peres de Covilhã y Alfonso de Paiva. Su misión consistía en investigar si había un paso marítimo que uniese el Mediterráneo con el mar Rojo; tratar de saber. cómo se podía ir por mar, contorneando África, a la India; y por fin procurar el hallazgo, si no del Preste Juan de las Indias, cuya leyenda había caído ya en descrédito, por lo menos el de un rey cristiano cuya existencia se sabía segura en algún lugar del África Oriental.

Covilhã y Paiva salieron de Portugal en 1487 y se dirigieron por Barcelona y Rodas al Cairo. Los dos eran arriesgados y decididos y se asociaron a mercaderes árabes que traficaban en el mar Rojo. Más tarde se separaron: Paiva marchó hacia el sur, por tierra, mientras Covilhã continuaba sus viajes con mercaderes árabes. Paiva murió al poco tiempo. Covilhã visitó los puertos occidentales de la India (Goa, Cananor, Calicut); y siguiendo el habitual tráfico árabe, que aprovechaba los vientos monzones, estuvo en Sofala (África sudoriental), desde donde regresó a El Cairo. Aún tuvo ocasión de volver a Asia en compañía de un mercader judío y visitó en esta ocasión Ormuz.

Covilhã, preso ya del afán de aventuras, quiso completar su misión llevando a cabo la visita a Abisinia que su compañero no había podido realizar. Se dirigió pues hacia el sur y no volvió a su país. Se tuvieron sin embargo noticias de él transmitidas por un embajador portugués, llamado Alvares, quien en 1521 le encontró en la corte del Negus Neghesti o rey de Abisinia, Eskander.

La India a la vista: Vasco de Gama

La llegada de Cristóbal Colón a unas desconocidas islas, que él supuso ser las Indias, movió el recelo portugués y apresuró los preparativos para una cuidadosa expedición. Tres navíos —*San Gabriel* y *San Rafael*, de unas ciento veinte toneladas, y *San Miguel*, de cincuenta—, más una embarcación de transporte de unas doscientas, fueron acondicionados para un largo viaje.

El rey Manuel el Afortunado había previsto el nombramiento de Esteban de Gama para el mando de la expedición. Pero muerto éste, sus dos hijos, hábiles marinos, heredaron el encargo. El mayor de ellos, Vasco, dirigiría la flota a bordo del *San Gabriel*. Pablo, el menor, mandaría el *San Rafael*. Vasco de Gama debería de tener unos treinta y siete años en la fecha de salida de la expedición. Su figura, idealizada en la gran epopeya de Camoens, *Os Lusiadas*, es una de las tres señeras de la historia de los descubrimientos. Con Colón y Magallanes, completa el prodigioso triunvirato que abrió al mundo la navegación por los tres grandes océanos hasta entonces cerrados a los europeos.

La expedición salió de Restelo, cerca de Lisboa, el 8 de julio de 1497. Se cree que la acompañaba a la salida una pequeña carabela mandada por Bartolomé Díaz, encargado de enseñar la ruta a Gama hasta Cabo Verde, adonde llegaron el 27 del mismo mes. Desde allí, y bajo la única dirección de Gama, partió hacia el sur la pequeña escuadra. Vasco de Gama llevaba a bordo los mejores instrumentos de navegación que entonces se conocían. Contaba con la experiencia de los viajes anteriores, en especial el de Diaz, y portaba consigo la relación que Covilhã había enviado a la corte portuguesa a través del judío Abraham. Decidió apartarse de la costa para esquivar la región de calmas del golfo de Guinea, que navegantes anteriores habían padecido. Existía en efecto la referencia de las penalidades que habían soportado al permanecer a veces durante semanas quietos o deslizándose con extrema lentitud entre aguas no siempre tranquilas, bajo cielos tormentosos que enviaban con regularidad chubascos de aguas tan malsanas que se decia que se llenaban de gusanos al conservarlas algún tiempo. Se habia dicho también que, cerca de la costa, se tardaba en cruzar la línea ecuatorial más

de dos meses. El prudente Vasco de Gama decidió eludir este peligro. Estableciendo una marca de navegación de altura estuvo desde el 3 de agosto hasta el 4 de noviembre sin ver tierra firme, siempre en dirección sur. Cuando encontró el favorable viento que le conducía a la costa, tocó en el paralelo 30 de latitud sur, donde vio los primeros hombres, descritos en el diario de a bordo como morenos o negruzcos. Eran probablemente los hotentotes, que se alimentaban de carne de focas, de ballenas encalladas, de gacelas y de las raíces de ciertas plantas. Los portugueses los interrogaron sobre las codiciadas especias; pero los negros no sabian nada de ellas. Deseaban ardientemente, en cambio, las pulseras de estaño y las monedas de bronce que los portugueses les enseñaban. Vasco de Gama ancló su pequeña flota en la bahia que denominó de Santa Elena y se tomó una semana de descanso, tras la cual continuó la expedición ya siguiendo la costa hacia el sur.



Hemisferio marino. Las naves de Vasco de Gama, eran las mejores equipadas de la época con este aparato y otros similares.

Las salvas de artillería anunciaron el día 22 de noviembre el paso de la escuadra ante el cabo de Buena Esperanza y tres días después se llegaba a Mossel Bay, la bahía ya visitada por Bartolomé Díaz. Allí se desguazó la embarcación de transporte, cuyos elementos sirvieron para completar el cargamento de las otras tres. Se gestionó el intercambio de productos con los indígenas, que entregaron bueyes a cambio de brazaletes, y se agasajaron portugueses y negros mutuamente con una sesión de su folklore respectivo. Por parte portuguesa participó el propio comandante, que bailó sutilmente al compás de los tamboriles.

Surgió, sin embargo, la desconfianza en los indígenas y el comandante levó anclas hacia el norte. El día de Navidad ancló de nuevo en una tierra a la que denominó — y aún se llama— Natal, visitó el último *padrão* portugués en África y ancló de nuevo el 11 de enero a orillas de un pequeño río. Estaban ya en terreno desconocido. Los indígenas (probablemente cafres) los recibieron amistosamente, aunque armados hasta los dientes con lanzas de marfil rematadas por puntas de hierro. Los portugueses denominaron a esta región «terra de Bõa Gente». De nuevo hacia el norte, llegaron el 22 de enero a una costa pantanosa, donde permaneció la escuadra más de un mes para proceder a urgentes reparaciones que necesitaban los navíos. La costa, malsana, produjo estragos entre la tripulación. Al mismo tiempo Vasco de Gama se dio cuenta de que había llegado ya a la zona de influencia árabe. Vio en efecto que los indígenas iban vestidos con tejidos de algodón que llevaban marcas orientales. Aunque no habían visto todavía barcos árabes, éstos no podían estar lejos. En efecto: el 1.º de marzo estaba a la vista de Mozambique, donde habitualmente hacían escala numerosos barcos árabes. Al anclar disparó Gama un cañonazo como advertencia de su llegada. Los barcos árabes, pequeños y mal construidos, no podían competir con las poderosas carabelas lusitanas; pero el número de las naves era temible. Vasco de Gama empezó desde este momento a utilizar una doble política: diplomacia y firmeza. Mozambique, Mombasa, Melinde: tres escalas que enseñaron al comandante portugués la experiencia que había de necesitar en sus tratos con los pérfidos comerciantes árabes, a quienes se les aparecía bien patente el peligro que suponía la llegada de aquellos hombres blancos a los mares cuyo comercio usufructuaban desde hacía siglos.

Pudo conseguir Vasco de Gama en Melinde un piloto árabe, Ahmed Ibn Mayid, experto en la travesía del Indico, quien en veintitrés días llevó las naves portuguesas a Calicut, adonde arribaron el 20 de mayo de 1498. Por primera vez barcos europeos llegaban por mar al fabuloso Oriente, y Vasco de Gama abría a su país, y a Europa entera, la ruta marítima de las Indias. El recibimiento no fue muy estimulante.

Después de una aparente cordialidad, Vasco de Gama fue humillado en la corte de Calicut y llegó hasta ser encarcelado. Los árabes trabajaban para evitar el predominio de los recién venidos. Sólo la artillería de los portugueses pudo salvar la situación. Pero en el puerto de Calicut se reunían más de mil quinientos navíos. Era en efecto un centro importantísimo —el más importante— de la costa de Malabar. Allí se concentraban la canela de Ceilán, el clavo de Malaca, el estaño de Malasia. Era además un centro de información general del Extremo Oriente. Allí el comandante portugués obtuvo noticias de la costa de Coromandel; de los zafiros y rubíes de Ceilán; de Sumatra; de Siam, «cuyo rey poseía cuatrocientos elefantes de guerra»; de Pegú, de donde viene el almizcle; del Tenasserim, donde crece la madera llamada «Brasil»; de Bengala, rica en trigo y en tejidos de algodón.

Todas estas informaciones no hacían olvidar a Vasco de Gama el peligro en que se encontraba. Los indígenas habían tratado en varias ocasiones de asaltar los navíos, siendo rechazados siempre por los cañones. Vasco de Gama se procuró rehenes entre los asaltantes, con los cuales pudo rescatar algunos prisioneros caídos en manos del Samudrín, y al fin, viendo que la situación empeoraba, partió hacia el norte, echando el ancla cerca de Goa, donde levantó el *padrão* final de su viaje. El sultán de Cananor le recibió cordial-



Portugal con la conquista de África y Oriente abrió nuevas vías para el comercio. Fue la época de mayor brillantez del pequeño país ibérico.

mente. Y allí pudo Vasco de Gama completar un rico cargamento de especias que le compensaban con exceso de los gastos de la expedición. Por último, el miércoles 29 de agosto de 1498, reunidos el comandante y los otros capitanes estuvieron de acuerdo en que había llegado el momento del regreso.

El momento no era, sin embargo, oportuno para el viaje de vuelta. No había empezado el monzón de tierra, que empujaba a las naves hacia África, por lo que Vasco de Gama hubo de emplear tres meses para hacer el camino que había durado veintitrés días en el viaje de ida. Los musulmanes de Calicut enviaron contra las naves de Gama navíos que fueron destruidos a cañonazos. El escorbuto se cebó en la tripulación, que llegó a disminuir en número de tal modo que hubo de sacrificarse a la vista de África la nave *San Rafael*, incendiada, por no haber hombres que pudieran hacer la maniobra. Llegados de nuevo a la costa oriental de África, se repusieron de las penalidades de la travesía del Índico. Hicieron rumbo hacia el sur. Descubrieron la isla de Zanzíbar. Doblaron de nuevo el cabo de Buena Esperanza en el mes de marzo de 1499. Y con tremendas dificultades llegaron, al fin, a las islas Azores, donde murió el hermano de Vasco. En el archipiélago se hubo de quedar la carabela *San Gabriel*, imposibilitada de continuar la marcha, mientras la *San Miguel*, mandada por Nicolás Coelho, llegaba a Lisboa el 10 de julio de 1499. Dos meses después arribaba Vasco de Gama en una nave alquilada en las Azores. El gran navegante fue recompensado con el cargo de Almirante de las Indias y le fue concedido el título de «Señor de la Conquista, de la Navegación y del Comercio en Etiopía, Arabia, Persia y las Indias».

La apertura de la nueva vía comercial estimuló a muchos europeos a dirigirse por la vía marítima hacia el Extremo Oriente. Pero en los mapas los contornos conservados desde la época de Ptolomeo costaron mucho de ser desplazados. Pese a los croquis trazados por los portugueses y que rectificaban considerablemente los viejos conceptos geográficos, continuaron imprimiéndose en Europa mapas de Asia inexactos durante mucho tiempo.

Otra cosa distinta fue el resultado comercial. Para Portugal significó la inauguración de una época insólita de prosperidad. Lisboa se convirtió en el emporio de los productos exóticos, desplazando a los puertos mediterráneos —Venecia y Génova—, que hasta entonces detentaban el monopolio de las especias. Portugal se comprometió a una empresa desproporcionada a sus fuerzas. Fue la gran hora universal del pequeño país ibérico.

Los conquistadores portugueses: Cabral, Almeida y Albuquerque

Pedro Álvarez Cabral fue el continuador de la obra de Vasco de Gama. Al frente de trece navíos y unos mil quinientos hombres salió de Portugal el 9 de marzo de 1500. Desviado de su ruta en pleno Atlántico, descubrió el Brasil en el mes siguiente, aunque no estableció allí colonización alguna. Continuando Cabral su viaje hacia la India, dobló el cabo de Buena Esperanza, ante el cual murió su descubridor, Bartolomé Díaz, que figuraba como piloto de la expedición. Llegó Cabral en agosto ante Calicut, no pudo continuar las relaciones comerciales con el Samudrín y recurrió a la violencia. Mejor fortuna tuvo en sus tratos con los sultanes de Cochin, Quilón y Cananor, estableciendo una base en la primera de las citadas poblaciones. Perdió siete naves en la travesía y con las seis restantes regresó a Portugal en el verano de 1501.

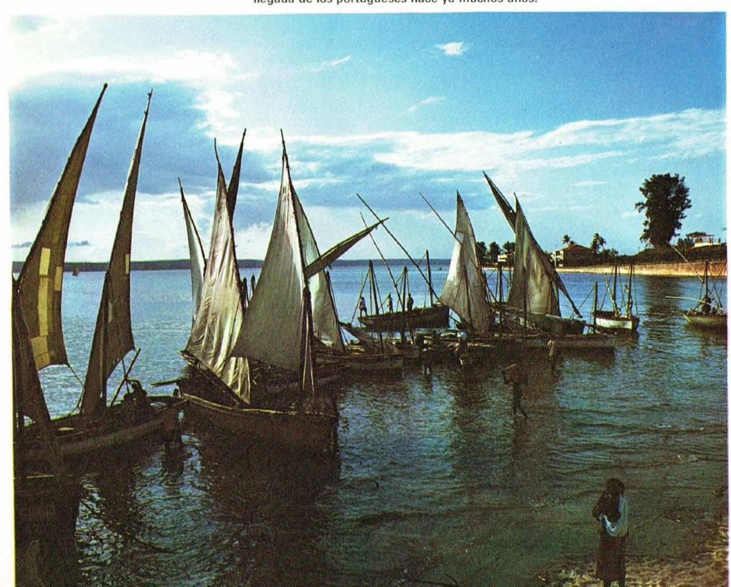
Francisco de Almeida fue el primer virrey portugués de la India. Su pensamiento era sencillo: establecer unos enclaves sólidos en el país que le sirvieran de punto de apoyo para anudar un comercio permanente con la metrópoli. La actuación de Almeida consistió en buscar bases de comunicación en la costa oriental de África y consolidar el comercio con algunos puntos fortificados de la India. Su virreinato duró de 1505 a 1509, año en que murió ante la costa africana, al regreso de la India.

Pero el gran genio de la colonización portuguesa fue Alfonso de Albuquerque. La idea de éste era más completa que la de su antecesor. Mientras Almeida buscaba evitar la dispersión de fuerzas concentrando en pocos puntos el dominio lusitano. Albuquerque opinaba, por el contrario, que la seguridad de la navegación y el comercio con los países orientales debía basarse en la conquista de una serie de puntos estra-

tégicos que arrojaran definitivamente del océano Índico a los árabes, detentadores de este comercio durante siglos. Fiel a esta política, Albuquerque dirigió expediciones a Goa, que conquistó en 1510, Malaca, tomada en 1511, y Ormuz, dominada en el año 1515. La primera suponía una base segura en la India, exenta de preocupaciones por la política tortuosa de los sultanes locales. Y en efecto Goa se ha mantenido, durante siglos, como centro de la dominación portuguesa en el subcontinente asiático hasta hace poco en que la India de Nehru ha ocupado por la fuerza este territorio. Malaca tenía una mayor importancia. Llave del sudeste asiático, el dominio de Malaca abrió rápidamente a los portugueses el acceso a las islas de las Especias, centro originario de estos ricos productos. Les permitió además las exploraciones en China y Japón, adonde habían de llegar al poco tiempo las primeras misiones encabezadas por san Francisco Javier. Ormuz, en fin, en manos lusitanas quería decir el cierre definitivo del comercio árabe.

La idea de Albuquerque era, sin embargo, demasiado ambiciosa. Portugal no podía mantener con su débil demografía una dispersión tan considerable de sus fuerzas. Había de garantizar, en efecto, la seguridad de la ruta a través de factorías enclavadas a lo largo de la costa africana; mantener guarniciones en todas las plazas fuertes conquistadas; organizar anualmente escuadras comerciales y de guerra para asegurar el comercio y la seguridad de sus posesiones; encargarse, en fin, de distribuir por Europa los productos recibidos de Asia. En cuanto a lo último, los lusitanos fueron desplazados poco a poco por mercaderes flamencos, más experimentados, que llevaban las mercancías desde Lisboa hasta Amberes, donde se repartían por Europa. En cuanto a lo primero, cuando los países europeos que no habían participado en la primera hora de los descubrimientos despertaron a la codicia de poseer territorios de ultramar, encontraron más fácil buscarlos en los países ya colonizados. Así Portugal hubo de sufrir desde muy temprano los ataques de holandeses, franceses e ingleses, que le disputaron su dominio colonial durante los siglos XVII y XVIII. Sólo la protección interesada de Inglaterra, a partir de este último siglo, ha permitido a Portugal conservar su brillante imperio colonial aunque en la actualidad esté amenazado por el despertar de los pueblos de color.

Barcas de pescadores de Inhambane en Mozambique. Estas costas conocieron la llegada de los portugueses hace ya muchos años.



ESPAÑA DESCUBRE UN NUEVO MUNDO

Leyenda e historia de Cristóbal Colón

Probablemente, Cristóbal Colón nació a mediados del siglo XV (1451?) en Génova o en su señoría. Era hijo de un humilde cardador de lanas llamado Domenico Colombo y de Susana Fontanarosa. Su padre para poder vivir había de ayudarse en su oficio de una taberna. Cristóbal era el mayor de los cinco hijos del matrimonio: Cristóbal, Juan, Bartolomé, Diego y Blanca. La pobre vida de la familia artesana debió de impulsar a los hijos a buscar en otra parte la fortuna. La sangre aventurera de los genoveses —acaso reforzada por la supuesta ascendencia judía del descubridor— determinó a Cristóbal a abandonar temprano la casa familiar. A los trece o catorce años era grumete en una escuadra probablemente francesa que recorría el Mediterráneo y el Atlántico. Se supone que visitó Inglaterra hacia 1470. En 1476 navegaba a bordo de una escuadra genovesa que, al parecer, fue atacada y destruida a la altura del cabo de San Vicente, por un pirata francés, Guillermo de Casenove-Coullon. Colón llegó náufrago a tierras portuguesas.

Su vida en Portugal nos es mejor conocida. Estudia. Vende libros. Traba relaciones con personas influyentes. Viaja a África y quizás a otros lugares. Cuatro años después se había abierto camino hasta el punto de contraer matrimonio con Felipa Moñiz de Perestrello, hija de un gobernador de Porto Santo (isla de Madera), de origen italiano. Colón estuvo en Porto Santo, donde nació seguramente su hijo Diego. En la biblioteca de su suegro tuvo ocasión de estudiar y completar su formación científica. También en la isla atlántica debió de iniciarse en Colón la idea de navegar hacia el oeste.

Como hombre que había leído poco, Colón tenía una fe ciega en lo que leía. Menos intelectual que hombre de acción, mantuvo hasta el fin de sus días la creencia de que había llegado a Asia. Esta fe mística fue precisamente la que hizo posible el descubrimiento. Allí donde una mentalidad nueva habría encontrado inconvenientes a granel, Colón creía poder resolverlo todo. Colón, explorador medieval, ve el mundo con ojos medievales. Reduce la longitud del Ecuador, como le enseñaban las geografías medievales. No se imagina la existencia de un nuevo continente. Cree en la realidad de islas que esmaltan el océano y que serán etapa en su camino hacia el Oriente lejano. Se equivoca en las distancias porque toma erróneamente medidas árabes que las reducen. En fin, todo es milagroso en Colón. Pero al mismo tiempo Colón no desmiente su origen genovés (y quizá judío). Quiere sacar abundante fruto a su idea. Sus pretensiones son exorbitantes. Pide mucho y apenas ofrece nada. Cuando se le estrecha a preguntas contesta de un modo vago. No podía hacerlo de otra forma. A Colón le hicieron posible su éxito dos factores: su fe y su innegable habilidad como marino.

Fuera resultado de sus estudios, fuera intuición y fe ciega en su estrella, lo cierto es que cuando madura por completo la idea en Colón decide éste hacerla rentable. ¿Dónde mejor que en Portugal? El país ibérico estaba entonces agitado por la fiebre de viajes de exploración iniciados por don Enrique el Navegante. Era en 1483 o 1484, en vísperas del gran descubrimiento de Bartolomé Díaz. Los portugueses habían llegado ya hasta el golfo de Guinea. Metódicamente iban preparando ya su viaje de descubrimiento hacia la India, cuando Cristóbal Colón solicitó audiencia de Juan II. El rey portugués, entendido en las cosas de mar, no negaba nunca

Una reproducción de la carabela Santa María **usada por Colón para su gran singladura. A la derecha: el gigantesco monumento a Colón de 36 metros de altura en Punta del Sebo, que realizó la escultora norteamericana Gertrudis Whitney.**







Cristóbal Colón.

audiencia a quien se le acercara con proposiciones sobre nuevas singladuras oceánicas. Pero lo que Colón le propuso le dejó estupefacto. No en lo que se refería a su derrotero —navegar hacia el oeste—, sino en cuanto a las pretensiones con que acompañaba su proposición: quería ser almirante, gobernador de las tierras que descubriera; la décima parte de las rentas que se obtuvieran; el rango de caballero; el derecho de herencia para todos sus títulos y dignidades. ¿Y quién pedía esto? Un oscuro marinero, casado, es verdad, con una portuguesa de familia conocida, pero de ignorado origen y sin ninguna garantía sólida. Juan II era demasiado realista para aceptar el ofrecimiento. A centenares existían caballeros portugueses a los que el rey podía encargar empresas marineras y que no pedirían las tremendas concesiones que Colón solicitaba. No obstante, encargó a una junta de tres cosmógrafos que dictaminara sobre la propuesta de Colón. El informe de esta junta coincidió con el parecer del rey. Sin duda encontrarían a Colón ignorante, vago en sus propuestas, confuso cuando se tratara de concretar algo. Su plan fue rechazado.

Colón había quedado viudo con un niño de pocos años. ¿Qué hacer? Encargó a su hermano Bartolomé, cartógrafo en Portugal, que se encaminara a Inglaterra y Francia a tantear las posibilidades de encontrar ayuda en estos países, y él, con un fin que se desconoce, vino a España, probablemente por mar, desembarcando en Palos (Huelva). Suponen muchos que el motivo de su viaje fue dejar a su hijo con unos parientes que tenía en Huelva —Violante Moñiz, hermana de su mujer, casada con Miguel Muliart—. En Palos trabó conocimiento con el franciscano fray Juan Pérez, guardián del monasterio de La Rábida, que le prestó más adelante un apoyo decisivo.

Colón vivió al principio difícilmente en Sevilla. Vendía libros, profesión que ya había ejercido en Portugal. Consiguió al fin ser presentado al duque de Medinasidonia, a quien no le interesó el proyecto, y al duque de Medinaceli, que se ofreció a ayudarle. Y en efecto la influencia del noble andaluz abrió a Colón las puertas del palacio real. En 1486 era recibido por Alonso de Quintanilla, contador mayor del reino de Castilla, a quien expuso su proyecto. Pero el momento era poco oportuno. Los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, estaban entonces comprometidos en la guerra de Granada y ésta exigía una sacrificio constante de dinero. Pero Colón era inasequible al desaliento. Llegó hasta la Reina Católica en Alcalá de Henares, solicitó audiencia y le expuso su plan. El papel de la reina Isabel en el viaje colombino fue decisivo: se sintió atraída desde el principio por aquel aventurero y, aunque la guerra de Granada tenía absorbidas todas las actividades de la corte, encontró un momento para encargar a una Junta el estudio de las propuestas de Colón. El dictamen emitido tampoco fue favorable. Obro aquí seguramente de nuevo la vaguedad con que Colón exponía sus proyectos y la ignorancia que fácilmente se advertía en el genovés. Pero a pesar de la repulsa los reyes no rechazaron definitivamente el proyecto, probablemente por decisión personal de la reina, limitándose a aplazarlo. Concedieron en tanto a Colón una pequeña pensión, con la cual y con otras ayudas desconocidas se mantuvo. Acompañó a la corte en la guerra (sitio de Baza, 1489); tuvo relaciones con Beatriz Enríquez de Arana, de familia campesina, aunque no inculta. Tuvo un hijo con Beatriz —Fernando, su futuro bió-

El Monasterio de la Rábida en la provincia de Huelva. Aquí Colón esperó la caída de Granada para emprender su aventura.



grafo—, pero Colón no casó con ella, quizá para no verse ligado en vísperas de conseguir la realización de su gran proyecto. Éste, sin embargo, no avanzaba. Colón pasó una grave crisis; marchó a La Rábida, tal vez con la idea de abandonar España. Visitó de nuevo a fray Juan Pérez, a quien comunicó sus dudas y su desaliento. Juan Pérez le estimuló a quedar en España: escribió a la Reina Católica y ésta le mandó llamar de nuevo. Pero hasta que Granada no fuese tomada no se podía esperar nada decisivo. Al fin cayó el último reducto de la morería (2 de enero de 1492) y Colón pudo esperar apoyo a su proyecto. Pero surgió el nuevo inconveniente: las pretensiones de Colón. Subsistían las mismas que habían determinado al rey portugués a negarle su protección. El rey Fernando cree ilusas las pretensiones políticas del genovés. Apoya la idea, promete fondos, pero no quiere darle el título de almirante, el gobierno de las tierras descubiertas, la transmisión hereditaria. Colón se disponía ya a partir de España cuando la intervención de los amigos del descubridor, especialmente el judío converso valenciano Luis de Santángel, decidió a los Reyes Católicos a llamarle de nuevo.

En Granada, el 17 de abril de 1492, se firmaban las célebres Capitulaciones, que convertían al desconocido marinero en una de las figuras más relevantes del reino de Castilla: almirante de la escuadra, virrey de las tierras que descubriera, título y cargo que serían hereditarios en su familia, perceptor del diezmo de las rentas que se obtuvieran. Colón había triunfado en su ambición.



La habitación que ocupó Colón. Entre estas paredes sencillas y austeras Colón estudió todo lo arriesgado de su travesía.

La «valla atlántica» se derrumba definitivamente

No todo estaba conseguido, sin embargo. Se necesitaba aún reunir el dinero preciso para pagar los gastos de la expedición y encontrar las naves y la tripulación. La corona tenía embargadas dos naves en Palos, que le fueron prometidas a Colón. El tesorero de la Corona de Aragón, mosén Luis de Santángel, adelantó 1.140.000 maravedises procedentes del tesoro de la Santa Hermandad. El resto hasta dos millones fue facilitado por el mismo Colón, mediante préstamos conseguidos de italianos y por Martín Alonso Pinzón.

Cuando Colón llegó a Palos para or-

La Sala de las Banderas hispanoamericanas. Con ello, los países de ultramar rinden homenaje perenne al descubridor.

ganizar el viaje no encontró de su gusto las naves embargadas; por otra parte, nadie quería embarcarse en una expedición dirigida a países lejanos por una ruta que no había sido iniciada. La intervención de los Pinzón fue entonces decisiva para la empresa. Eran los Pinzón unos armadores de Palos, de gran prestigio y cultura. Ellos respaldaron a Colón en todas sus actuaciones y gracias a ellos se reunieron las tres famosas carabelas: la *Santa María*, propiedad de un marino santanderino llamado Juan de la Cosa; la *Pinta*, cuyos propietarios eran Gómez Rascón y Cristóbal Quintero, y la *Niña*, de Juan Niño. La primera carabela, la más grande, de ciento cincuenta a doscientas toneladas, se había llamado anteriormente *Mari Galante* y *La Gallega;* el nuevo nombre le fue impuesto por Colón, que la dirigiría, figurando como contramaestre de la misma Juan de la Cosa. La *Pinta* iba mandada por Martín Alonso Pinzón, con su hermano Francisco Martín Pinzón como contramaestre; tenía esta nave alrededor de cien toneladas de arqueo. La *Niña*, la más pequeña, de menos de cien toneladas, sería capitaneada por su propietario. Se pudieron contratar poco más de un centenar de tripulantes, en su mayoría andaluces, con algunos vascos y extranjeros; un judío converso sería el intérprete; no figuraba ningún sacerdote en la expedición.

El viernes 3 de agosto de 1492 salían las naves del puerto de Palos y ponían rumbo a las Canarias, en cuyo trayecto rompióse el timón de la *Niña*. Reparado en las islas y puesto nuevo velamen cuadrado a las carabelas, penetraron las tres naves en el mar desconocido el día 6 de septiembre. El relato de esta travesía —la primera conocida a través del Atlántico— nos ha sido conservado en el Diario de Colón, perdido y copiado, en parte, por Bartolomé de las Casas.

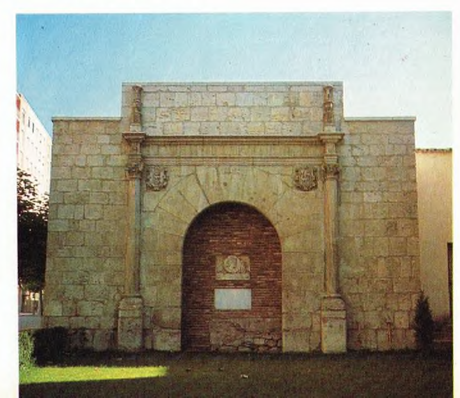
El 12 de octubre un marinero sevillano llamado Juan Rodríguez Bermejo, de Triana, descubrió tierra. Se había prometido al descubridor una renta anual de diez mil maravedises; Colón le negó este premio, alegando que él había sido el primero en verla la noche anterior, al divisar un fuego sobre la misma.

Después de siete semanas de viaje la «valla atlántica» había quedado definitivamente derrumbada. Colón llegaba a tierras americanas, al islote que los indígenas llamaban Guanahaní, Colón denominó San Salvador y hoy es conocido con el nombre de Watling en el archipiélago de las Bahamas. Colón creyó haber llegado al Extremo Oriente; llamó indios a sus habitantes —nombre que se ha conservado para todos los aborígenes de América—; tomó posesión de la isla en nombre de los Reyes Católicos y solicitó información de los indígenas sobre las tierras del Gran Khan. La toma de posesión fue solemne. Colón se revistió con el uniforme carmesí de almirante, tomó una cruz en la mano y asistido del notario mandó levantar acta del descubrimiento y de la soberanía de Castilla.

Partidos al día siguiente, descubrieron los exploradores nuevas islas —Concepción, Fernandina, Isabela— y el 20 abordaron en Cuba, que fue llamada Juana. Creyó Colón haber llegado al Catay y pensó que Cipango (es decir, Japón) debía estar cerca. El mismo pensamiento tendría Martín Alonso Pinzón cuando el 21 de noviembre abandonaba con su *Pinta* a las otras naves. Colón permaneció en Cuba hasta el 6 de diciembre; luego se dirigió a Haití, bautizada con el nombre de Española, donde halló unos moradores en grado más avanzado de cultura. Allí encontró a Pinzón, que se había adelantado. En la costa de Haití naufragó la *Santa María* la vigilia de Navidad. Pudo salvarse el cargamento gracias a la colaboración de los indígenas y con los restos de la carabela capitana se levantó un fuerte, el de Navidad, donde quedaron de guarnición treinta y ocho hombres bajo el mando de Diego de Arana, primo de Beatriz. Embarcóse después en la *Niña* y ordenó el regreso a Europa. El 16 de enero salían de Haití y el 12 de febrero sufrían ambas naves una tormenta, cerca de las Azores, que las separó. Llegó Martín Alonso Pinzón de arribada forzosa a Bayona de Galicia. El 4 de marzo Colón tocaba puerto en Lisboa, donde fue recibido por el soberano Juan II, quien disimuló la envidia que le produ-

La casa de Colón en Valladolid. Hoy se ha convertido en museo y una placa señala el lugar donde murió el gran navegante.







Reproducción de la Santa María en el Museo Marítimo de Barcelona.

cía el triunfo del genovés y evitó el asesinato de Colón por sus cortesanos. El 15 de marzo a mediodía entraba Colón en la barra de Palos, pocas horas antes que Pinzón, que murió cinco días más tarde.

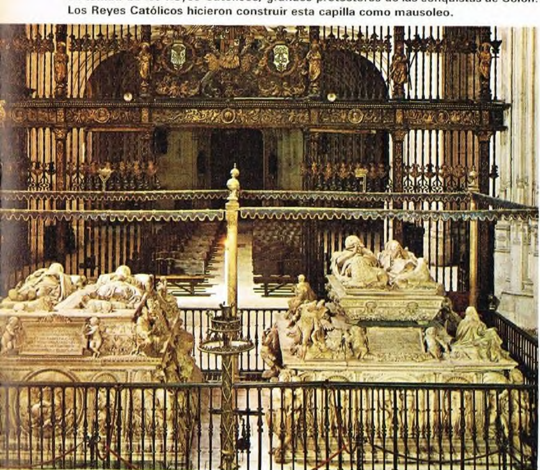
Colón pudo al fin gozar de la apoteosis deseada. Los Reyes Católicos le llamaron a Barcelona, donde a la sazón estaban. El descubridor se dirigió allí con los indios que había traído de las islas, los loros y las muestras de oro y vegetales. Se le tributó un recibimiento triunfal. Colón hizo un largo, apasionado y deformado relato de las tierras que había visitado, asegurando haber llegado hasta el mismo Catay. Fernando el Católico, tan receloso antes, se apresuró a reivindicar junto al Papa los derechos de posesión de las nuevas tierras. La Bula de Demarcación, el conflicto con Portugal y, al fin, el Tratado de Tordesillas señalaron el proceso de reparto del mundo entre los dos países que habían señalado el camino de las exploraciones y descubrimientos renacentistas.

El descubridor, mediocre colonizador. Nuevos viajes

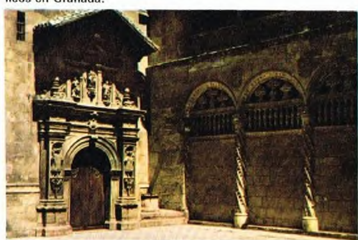
En vista de los informes dados por Colón decidieron los soberanos españoles seguir adelante con la empresa, convirtiéndola de descubridora en colonizadora, conquistadora y misionera. A tal efecto, y recelando ya de las aptitudes de Colón, nombraron al arcediano Juan Rodríguez de Fonseca delegado y administrador de la nueva expedición. Contó ésta con diecisiete naves y de mil doscientos a mil quinientos hombres. Figuraban en esta segunda expedición hombres que se hicieron más tarde famosos, como Alonso de Ojeda, Diego Velázquez de Cuéllar, Esquivel y Ponce de León, entre otros. Había asimismo entre los expedicionarios soldados, colonos y un pequeño grupo de misioneros dirigido por el padre Boil, benedictino de Montserrat.

Salió la gran expedición el 25 de septiembre de 1493 del puerto de Cádiz. Colón puso rumbo más meridional que en el viaje anterior, y tras treinta y ocho días de navegación las naves llegaron a la parte meridional de las pequeñas Antillas. Comenzaron entonces a recorrer el arco de islas, que denominaron con los nombres de Mari Galante, Dominica, Guadalupe, Montserrat, Santa María la Redonda, Santa María la Antigua, Vírgenes y Santo Tomás, hasta llegar a la de Boriquén, bautizada con el nombre de San Juan de Puerto Rico. El día 22 Colón fondeó en la Española, donde encontró que el fuerte había desaparecido y sus defensores habían muerto. Disimuló ante el cacique su contrariedad y en otro lugar de la isla fundó la primera ciudad europea en América, que denominó Isabela, en honor de la reina española. Pronto se dieron cuenta los que habían acompañado a Colón movidos por la ambición de enriquecerse rápidamente que las descripciones de éste habían sido fantásticas. El clima era agobiante. El trabajo de la construcción, pesado. No se hallaba oro en parte alguna. Muchos de los expedicionarios empezaron a enfermar y fue menester devolverlos a España, de donde se solicitaban al mismo tiempo alimentos y medicamentos. Sugería también

La tumba de los Reyes Católicos, grandes protectores de las conquistas de Colón. Los Reyes Católicos hicieron construir esta capilla como mausoleo.



Entrada a la tumba de los Reyes Católicos en Granada.



Monumento a los españoles en la Costa Negra. La presencia de España en los países americanos es notable. Todo comenzó cuando Cristóbal Colón aquel 12 de octubre de 1492 emprendió su primer viaje, desde estas tranquilas aguas del puerto de Palos de Moguer.

Colón una esclavitud limitada de los indígenas, para fomentar la labor de colonización. Ojeda había encontrado oro en el interior de la isla, que fue visitada por Colón, comprobando la realidad del descubrimiento. Sin embargo los colonos, descontentos del racionamiento y de los penosos trabajos, se sublevaron. El monje benedictino se indispuso también con el descubridor y la situación en la recién fundada ciudad llegó a ser trágica. Dominada la rebelión, salió Colón con tres naves para continuar sus exploraciones. Visitó de nuevo Cuba, a la que creyó continente, haciendo firmar una acta a la tripulación en este sentido. Descubrió la isla de Jamaica y la de Pinos, y habiendo caído enfermo regresó a la Española el 29 de septiembre. Allí encontró a su hermano Bartolomé —también su otro hermano Diego le había acompañado ya en este viaje—, llegado en el mes de junio. Se enteró asimismo de que el padre Bernat Boil había marchado a España a denunciar a la corte el mal estado de la nueva colonia. Los Reyes Católicos a la vista de esta denuncia decidieron enviar a ella al visitador Juan de Aguado, que llegó en 1495. Chocó éste con Colón, que le acusaba de invadir su jurisdicción, y, decidido a justificarse ante los soberanos, dejó en la isla a su hermano Bartolomé como gobernador y embarcó en la *Niña*, todavía en servicio, hacia España, donde desembarcó el 11 de junio de 1496, vestido con hábito de franciscano y habiéndose dejado crecer la roja barba. Encontró en la metrópoli mal ambiente, preparado por sus enemigos que se le habían anticipado; pero los reyes, a quienes visitó en Burgos, le recibieron con cariño y le permitieron organizar una nueva expedición.

El 30 de mayo de 1498 salía Colón del puerto de Sanlúcar al mando de seis carabelas. Escogida una ruta más meridional, llegó el 31 de julio a la isla de la Trinidad (nombre que le dio al divisar desde lejos tres picos que coronan la isla), en la desembocadura del Orinoco, cuya anchura le hizo comprender que había llegado al continente; pero la rá-



Los monumentos a Colón se alzan por doquier en los países americanos. Este corresponde a la Argentina y se erige en Buenos Aires.



Una de las innumerables fortalezas que los españoles construyeron sobre terreno americano. Tanto para la fundación de nuevas colonias como para salvarse de los ataques de los indígenas, fueron esenciales.

pida corriente del río le hizo suponer que la tierra tenía forma de pera y que por aquellas tierras estaba la cima. De todos modos, la lujuriante vegetación observada le sugirió la idea de que por allí debía de estar el paraíso terrenal y que el río Orinoco sería uno de los cuatro legendarios que partían del citado Edén. Contorneando la costa de la actual Venezuela abandonó la exploración por dirigirse hacia la Española, donde se encontró con una situación caótica. Bartolomé no tenía muchas más dotes de colonizador que Cristóbal y contra él se habían sublevado los colonos. Pactó el descubridor con ellos y pidió a España el envío de un juez. Ya en la metrópoli se habían dado cuenta de la ineptitud de Colón como organizador. Era asimismo patente que aquel país no era la India, dado que Vasco de Gama había llegado a la auténtica. Comprendieron en fin los Reyes Católicos que los descubrimientos comportaban muchos gastos y pocos provechos, pero que no podían ser abandonados porque había que mantener la competencia con Portugal y el prestigio de la Corona. Decidieron así anular a Colón como gobernante y enviaron al comendador Francisco de Bobadilla, como pesquisidor y gobernador.

Llegó Bobadilla a la Española el 23 de agosto de 1500 y se hizo cargo del gobierno de la isla. Suspendió los procesos abiertos, detuvo a los tres hermanos Colón y los envió hacia España en la carabela *La Gorda*. Había temido Colón que la energía de Bobadilla llegara hasta el extremo de ordenar su ejecución y se había resistido a salir de la cárcel. Sólo lo hizo cuando el capitán de la carabela, hombre de honor, le aseguró que le trasladaba a la nave y que estaba bajo su protección. Dos veces se hizo repetir Colón la promesa del capitán y sólo entonces le siguió a la nave, cargado con los grilletes que el austero Bobadilla le había puesto. Ya en *La Gorda* quiso el capitán quitarle los hierros, pero Colón se negó, queriéndose presentar de un modo teatral ante los reyes españoles, para mostrarles cómo se trataba al descubridor.

Los reyes le llamaron a Granada, donde le renovaron su afecto, le reintegraron su hacienda y le prometieron nuevas empresas, pero no le devolvieron sus cargos, lo que fue el origen de un larguísimo pleito sostenido entre los Colón y la monarquía, siempre ganado por los descendientes de Colón y siempre incumplido, por imposible, por los monarcas.

El cuarto y último viaje de Colón lo realizó con cuatro pequeñas naves partiendo del puerto de Sevilla el 13 de abril de 1502. Se encaminó a la Española, pero el nuevo gobernador, Nicolás de Ovando, no le dejó desembarcar. A la salida de la isla supo el genovés capear un tremendo temporal que hundió veinticuatro de los veintiocho buques que salidos de Haití se dirigían hacia España, muriendo en el naufragio Bobadilla y otros enemigos de Colón. Se encaminó el descubridor a la isla de Jamaica y desde allí hacia el oeste, llegando a la costa de América central, donde encontró una barca con mercaderes mayas. Caso de haberse dirigido entonces hacia el norte hubiese descubierto el gran país azteca, y así se habría resarcido de las muchas pesadumbres que sufrió en estos años. Pero decidió marchar hacia el sur y costeó por los actuales países de Honduras, Nicaragua y Costa Rica, llegando en octubre a Veracruz (istmo de Panamá), donde se propuso fundar una colonia que fracasó. Regresó más tarde, siempre combatido por tempestades, a la isla de Jamaica, desde donde solicitó socorros al gobernador de la Española. Agobiado allí por falta de víveres, los pudo conseguir gracias a un oportuno anuncio de eclipse, que maravilló a los indígenas. Al fin le fue enviada de la Española una nave en la que salió el día 28 de junio de 1504 y llegó a Sanlúcar el 7 de noviembre siguiente, pocos días antes de la muerte de su gran protector Isabel de Castilla.

Los últimos meses de Colón fueron dedicados, en Sevilla primero y más tarde en Valladolid, a defender sus intereses y a gestionar el matrimonio de su hijo Diego con una sobrina del duque de Alba, enlace que se realizó en 1508. Pero el descubridor no pudo ver el encumbramiento de su descendencia porque murió el 5 de mayo de 1506 en Valladolid, no pobre, como se ha dicho, pero sí un poco olvidado.

PLAN GENERAL DE LA OBRA

TOMO I - LA TIERRA. Biografía geográfica de nuestro planeta.

Estudio de la formación de nuestro planeta. Los grandes cambios operados en el mismo desde la aparición de la primera forma de vida hasta la actualidad. Cartografía legendaria y científica. Los fenómenos físicos. El suelo y la vegetación. El mundo animal. La huella del hombre.

TOMO V - EL HOMBRE Y SU CUERPO. Tratado exhaustivo con las más modernas teorías.

El organismo humano. El sistema digestivo. La circulación de la sangre. El mundo de los microbios. El corazón. La respiración. La piel. Glándulas. El esqueleto. Los músculos. El sistema nervioso. Los órganos sensitivos. Fenómenos psíquicos. Injertos y trasplantes. Curas de urgencia.

TOMO IX - ENERGIA NUCLEAR. FENOMENOS DEL ESPACIO. La nueva fuerza, almacén inextinguible. Electricidad.

Energía nuclear. Estructura del átomo de la energía atómica. La reacción nuclear en la naturaleza y en la técnica. Fenómenos del espacio. Los fenómenos electromagnéticos. La electricidad y el magnetismo. La luz y sus aplicaciones. Fundamentos físicos de la radio. Vibraciones electromagnéticas. La televisión. Semiconductores.

TOMO II - LA GRAN AVENTURA DEL HOMBRE. Cómo la Humanidad conoció el mundo en que vive. Descubrimientos y exploraciones.

Desde la Prehistoria a la Edad Media. Navegantes y exploradores hispánicos. Los siglos XVII y XVIII: ruta de las Indias, exploraciones de América, África, Asia y Australia. Sigue la gran aventura: periplos oceánicos: el "descubrimiento" de Africa; la conquista del Oeste; la exploración polar; el mundo submarino; la conquista de las alturas.

TOMO VI - EL MUNDO Y SUS RECURSOS. El progreso y sus riquezas.

Recursos del mundo. El hombre, reformador del mundo. El origen del hombre: ¿cómo eran sus antepasados? Yacimientos y exploraciones. En el laboratorio de la Naturaleza. Los tesoros de las entrañas de la Tierra. Materiales al servicio del hombre. El progreso y sus riquezas: el empuje del siglo XX. Del cohete a la nave espacial. Las nuevas energías. La exploración submarina. Aplicaciones de la radiactividad en la industria. Inventos a través de los tiempos.

TOMO X - CIBERNETICA Y TECNICA. Máquinas al servicio del hombre.

La máquina, base de la técnica: de los instrumentos primitivos a las máquinas contemporáneas. Métodos modernos de trabajo. La automación. La energía de la técnica. Motores y turbinas. Corrientes, ondas y semiconductores. Elaboración de las materias primas.

TOMO III - EL MUNDO DE LAS PLANTAS. La vida y su evolución. Agricultura.

La aparición de la vida y la teoría evolucionista. Estructura celular de las plantas. Las plantas en la Naturaleza: todo el complejo y maravilloso mundo vegetal. Las plantas de cultivo: la agricultura y sus sistemas: principales cultivos y su importancia económica.

TOMO VII - LAS MATEMATICAS: Números y figuras en el vivir diario. Aplicaciones prácticas.

La pequeña historia de las matemáticas. Números: modos de contar y de escribir cifras. Los cálculos mentales. Máquinas de calcular. Figuras y cuerpos: la geometría en el mundo que nos rodea. Medición de longitudes, superficies y volúmenes. Reproducciones geométricas. De las diferentes geometrías. El cálculo de probabilidades. Algebra geométrica. Números y operaciones. La extraña aritmética. La noción de cantidad. Ecuaciones, coordenadas y funciones. Integrales y derivadas.

TOMO XI - LA QUIMICA. El maravilloso mundo de los laboratorios.

La química y su importancia en la vida del hombre. Historia de la química. La ley periódica de Mendeleiev. Vocabulario químico. La química al servicio del hombre. La química compite con la naturaleza. El mundo de los laboratorios. Los microbios al servicio humano. Las vitaminas. Los antibióticos.

TOMO IV - EL MUNDO DE LOS ANIMALES. Todo lo relacionado con los animales salvajes y los domésticos.

Vida animal. En qué se diferencian los animales de las plantas. Desde los animales microscópicos a los más grandes mamíferos. Peculiaridades del mundo animal: peces eléctricos, luz viva, sonidos, colores, simbiosis, falso parecido, mimetismo, signos de distinción; los animales sociales; las migraciones; venenos, parásitos, conducta animal, doma y adiestramiento. Los animales en la economía nacional. Origen de los animales domésticos. Las crías de animales. La apicultura.

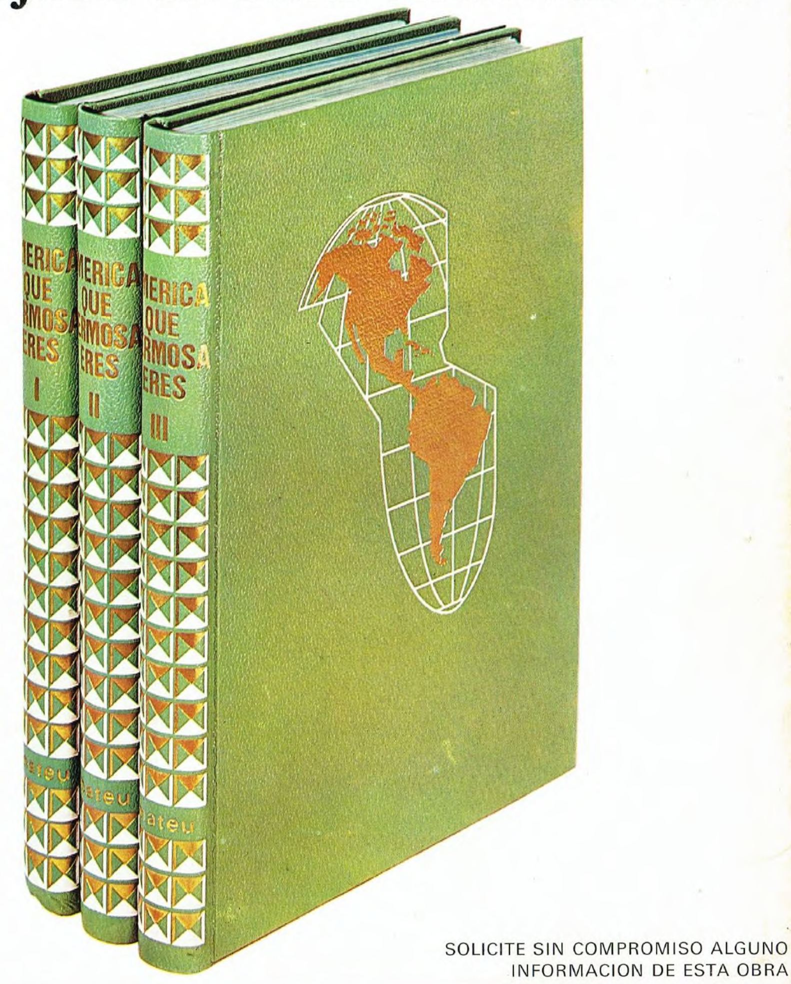
TOMO VIII - LA FISICA. Desde sus rudimentos a la era del átomo: aplicaciones prácticas en el mundo nuevo.

Los fundamentos de la mecánica. Sonidos y ultrasonidos. La flotación de los cuerpos y fenómenos curiosos. La física del vuelo y de los lanzamientos espaciales. Atomos y moléculas. Viaje al mundo de las temperaturas y de las presiones.

TOMO XII - ASTRONOMIA Y ASTRONAUTICA. A la conquista de los espacios siderales.

Introducción a la Astronomía. La Luna. El Sol. El sistema solar. Estrellas fugaces y meteoritos. Las estrellas, el Universo. Cómo se formaron la Tierra y otros planetas. La radioastronomía. Cómo trabajan los astrónomos. Los viajes interplanetarios. Los satélites artificiales. Los vuelos espaciales. El camino de las estrellas.

TODO EL CONTINENTE AMERICANO
REFLEJADO EN ESTA ORIGINAL OBRA



SOLICITE SIN COMPROMISO ALGUNO
INFORMACION DE ESTA OBRA

AMERICA, QUE HERMOSA ERES:

3 volúmenes, formato 30 × 21,5 cms. encuadernados en guaflex con estampaciones en oro y blanco.
1.200 páginas que recogen más de 2.000 fotografías, 50 mapas y 120 gráficos descriptivos, impresos en papel couché superior.